

Pentecostés

Recientemente me re-encontré con un viejo amigo de la escuela secundaria. Llegamos a conocernos porque los dos tocábamos música. Pero él iba dos años más adelantado que yo en la escuela, y no era común para los jóvenes como él juntarse con estudiantes de primer año como yo. Podríamos ser amigos, pero sólo hasta cierto punto. Después de graduarme de la escuela secundaria, me matriculé en el Seminario de Concepción para el Colegio. Cuando mis padres me llevaron hasta allá, me esperaba una situación similar. Una vez más, yo un estudiante de primer año. Yo pudiera tener algunos amigos de tercero año, por ejemplo, pero no esperar que esas amistades fueran muy cercanas. Yo esperaba que me trataran como un estudiante de primer año. El primer día cuando llegamos en el coche, dos de los estudiantes unos años más grandes ya estaban en el estacionamiento para saludarnos. Me dieron la bienvenida al seminario, y para mi sorpresa me cargaron las maletas hasta el dormitorio, y caminaron por las escaleras para mostrarme mi habitación. Yo estaba completamente sorprendido por su hospitalidad. Yo era solo un pobre estudiante de primer año. Para ellos, no importaba. Me estaban adoptando como miembro de la familia de la universidad.

Siempre que te unes a un grupo nuevo, puede que tengas algo de ansiedad. “¿Voy a ser aceptado? ¿Le voy a caer bien a la gente? ¿Voy a encajar?”

Cuando San Pablo escribió la carta a los Romanos, los primeros cristianos se enfrentaron a los mismos problemas. Como cualquier grupo, había problemas. Algunas personas no eran buenos líderes. Algunos no obedecían. Algunos no estaban a la altura de las expectativas de los demás. La gente tenía preguntas. San Pablo tenía respuestas. A través de sus cartas él trató de que estas comunidades cooperaran. En Roma algunos de los cristianos sentían que no encajaban. Ellos habían sido bautizados, pero todavía cometían pecados. Eran como estudiantes de primer año de secundaria, con ganas de encajar, pero sentían como que nunca iban a poder.

Pablo les dice a los Romanos unas palabras de hospitalidad. Les dice de su nueva familia cristiana: “[Ustedes] son hijos de Dios. No han recibido ustedes un espíritu de esclavos, que los haga temer de nuevo, sino un espíritu de hijos, en virtud del cual podemos llamar Padre a Dios. El mismo Espíritu Santo, a una con nuestro propio espíritu, da testimonio de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos también herederos de Dios y coherederos con Cristo.”

Mis hermanos y hermanas, en la vida espiritual, a veces nos sentimos desanimados por los errores que hemos cometido. Volvemos a caer en los mismos pecados: Peleamos con las personas que amamos. Mentimos para mantener nuestra privacidad. No escuchamos incluso a nuestros padres y amigos cuando nos dan buenos consejos. Evitamos hacer las tareas en casa que otras personas quieren que hagamos. Cuando esto sucede, buscamos a Dios, y esperamos que Dios nos castigue, y nos trate como un estudiante de primer año, o un esclavo. Pero a través de nuestro bautismo y la confirmación, no hemos recibido el espíritu de esclavitud. Hemos recibido el Espíritu de adopción. Somos parte de la familia de Dios. Somos hijos de Dios. Cada vez que llegamos a ser conscientes de nuestros pecados, tenemos que ser más conscientes de la gracia de Dios. Al igual que los alumnos mas grandes que cargaron mis maletas y las subieron a mi habitación en mi primer día de colegio, el Espíritu Santo está listo para ayudarnos. No importa qué pecados cometemos o con qué frecuencia caemos, vivimos en el Espíritu. Podemos pedir los dones que el Espíritu Santo nos ha regalado, los mismos dones que el Espíritu les dio a los apóstoles en el primer Pentecostés. No somos siervos; somos hijos. No somos esclavos; somos libres. Si queremos vencer el pecado, ya tenemos dentro de nosotros lo que necesitamos: el don del Espíritu Santo.